

COMENTARIO DE HILARIO WYNARCZYK

En el texto de Fernando Esteban Lozada que nos proponen en este encuentro de FEPAI, creo percibir una convergencia con el discurso nietzscheano en unos puntos básicos.

En primer término, creo que el texto sustenta la afirmación de que las religiones son sistemas de creencias culturalmente heredados que cumplen funciones de dominación. Estos sistemas fijan la definición de una naturaleza ontológica y un destino y nos impiden el desarrollo de las potencialidades humanas. Inversamente, la construcción plena del hombre se basaría en la razón y la voluntad, la capacidad de construir una naturaleza, una moral y un destino.

En segundo término, hay una exaltación de uno de los elementos aquí enumerados, la voluntad, una voluntad libre, racional y tolerante, una especie de fuerza.

La definición del ateo como un rebelde parece una exaltación de una figura ideal con características poéticas. En realidad se refiere al ateo humanista. Así él lo llama.

Pero ese no se condice con lo que en la práctica son las personas que se autodefinen como ateas – creo que solamente un estudio de campo sería capaz de contarnos qué son esas personas que se reconocen como ateas, cómo piensan, por qué son ateas, en qué medida están desconectadas de la influencia de las creencias religiosas de su entorno.

Por otra parte, hay un grado de reduccionismo en la medida en que el discurso de Lozada se construye por oposición a las formas más estrictas de las principales religiones monoteístas que conocemos en Occidente, el Cristianismo sobre todo en su versión católico apostólico romana, el judaísmo y el credo musulmán.

Yo comparto desde luego, a partir de mi perspectiva de sociólogo, mucho de lo que dice Lozada como compartiría lo que dijo Nietzsche sobre las religiones como dispositivos de control social. Sin dudas el pensamiento dogmático en cualquiera de sus formas es un mecanismo de reproducción inter-generacional de la cultura y de construcción de personalidades y formaciones sociales.

Pero hay maneras diversas de ser creyente. Las religiones han sido dispositivos cognitivos para grandes empresas de la voluntad humana política de carácter colonial y son también los recursos a los que mucha gente acude para buscar las fuerzas que le permitan alcanzar la concreción plena de sus deseos, es decir, de su voluntad. Y también las religiones han sido en determinado momento mecanismos de secularización al contribuir a la desclasificación sobrenatural del mundo físico (punto sobre el que volveremos).

A partir de estas consideraciones quiero hacer otras más generales. En la actualidad existe una vasta producción de literatura de ateísmo militante, producida por intelectuales provenientes de las ciencias naturales, la filosofía, el periodismo¹, y asimismo numerosos blogs.

¹ Particularmente provocativos resultan los libros de John Dupré, *El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución* (Buenos Aires: Katz Editores, 2006); Michel Onfray, *Tratado de ateología. Física de la metafísica* (Barcelona: Anagrama, 2006); Richard Dawkins, *El espejismo de Dios* (Madrid: ESPASA-CALPE, 2007) y su documental *Los enemigos de la razón* (2007); Sam Harris, *El fin de la fe* (Madrid: Paradigma, 2007); Piergiorgio Odifreddi, *Por qué no podemos ser cristianos y menos aún católicos* (Barcelona: RBA, 2008); Christopher Hitchens, *Dios no es bueno. Alegato contra la religión* (Barcelona: Debate-Random House Mondadori, 2008).

Al mismo tiempo, completan el fenómeno las apariciones de carteles a favor del ateísmo en Londres, y a favor del ateísmo y a favor de Jesucristo en Barcelona, Málaga y Madrid. Entre quienes reniegan del bautismo católico, algunos convirtieron la apostasía en un acto administrativo y un rito, algo así como un contra-bautismo para liberarse del que les fuera impuesto por sus padres. Y unas ciento cincuenta personas en nuestro país se reunieron en el Primer Congreso Nacional del Ateísmo, el año 2008, en Mar del Plata. Posteriormente hubo otros dos congresos más.

Un punto básico en las argumentaciones académicas a favor del ateísmo es el contraste entre la razón científica y la oscuridad de la religión, al que Lozada alude también, aunque Lozada no limita su discurso a este punto. Quisiera concentrarme en ese contraste entre la ciencia y la religión. Pareciera, en esta perspectiva, que todo se redujese a un problema cognitivo. Es cierto que frente a un fenómeno, la ciencia lo describe, enuncia conceptos que lo explican, y verifica la validez de los conceptos en términos aceptados por todos.

Pero, heos aquí que a partir de la fuerza del método, la ciencia genera un instrumental tecnológico y administrativo cuyos usos poderosos dependen de la política, que no es una ciencia. De igual modo, la elección individual de carreras científicas depende de cuestiones no científicas. La ciencia no puede brindarle significado y propósito a la existencia, salvo a la de quienes la asumen como vocación; ni puede tampoco la ciencia responder a los dilemas éticos de la sexualidad, la bioética o la guerra.

Pero para vivir la gente necesita perspectivas, además de los bienes que brinda la ciencia. Y las encuentra en la fábrica de la religión y las ideologías. Por eso es imposible y no-científico pretender desterrar la religión: porque aporta marcos ideacionales a la existencia, que por sí sola nada dice al respecto, o dice poco. Pero sin dudas aquí aparece el segundo aspecto sobre el cual ingresa Lozada. Frente a esta capacidad de las religiones de aportar marcos interpretativos para la vida (que la sociología indica que también sirven para funciones de dominación), Lozada, y sin dudas Nietzsche, exponen la idea de la voluntad libre y racional que busca la construcción de su vocación, sentido y existencia.

Quiero regresar sin embargo por un momento sobre el primer punto, es decir la contradicción entre ciencia y religión. A rigor, el monoteísmo, pero especialmente me refiero ahora al monoteísmo de la Biblia, creó las condiciones de posibilidad para un tipo de pensamiento científico preocupado por desentrañar las “leyes” de la naturaleza.

A partir de la razón religiosa del cosmos, el Antiguo Testamento produce una desclasificación espiritual de la realidad física como campo de fenómenos regidos por fuerzas ajenas a su propia estructura, es decir por dioses o espíritus, que el monoteísmo condena al exilio de las creencias paganas.

Así la naturaleza adquiere una autonomía funcional que permitiría estudiarla fuera de la religión, y con todo derecho, porque fue sujeta por el Creador al señorío de los humanos, como bien se deja saber en el Libro del Génesis.

Más aún, los astros (dioses para los paganos) pierden estatus. Son “lumberas” que marcan las estaciones y los ciclos productivos. Y los ídolos nada pueden hacer por las personas.

Pero, claro está, que la ética permanece incluida en el dominio sobrenatural y en la economía religiosa del cosmos, una economía ética.

Más tarde, por otra parte, en el contexto cristiano la investigación empírica dio lugar a contradicciones que se tornaron evidentes desde los albores de la Modernidad. En el siglo XVII, el puritanismo inglés apoyó el avance de las ciencias que estudiaban la naturaleza en forma sistemática, racional y empírica, para glorificar al Creador en sus obras y “aliviar el estado del

hombre” (explica Merton en su clásico, *Teoría y estructura sociales*, 1949), aceptando que el mundo estaba corrompido por el misterio de la Caída.

Intelectuales puritanos fundaron la primera sociedad científica, la Royal Society de Londres. Quizás algunos de tales intelectuales eran deístas que se encuadraban a sí mismos en el sistema de valores del puritanismo, y no dejaban de estar imbuidos de creencias religiosas y de buscar “los caminos de la ciencia hacia Dios”.

En Francia y Alemania, unos fenómenos culturales parecidos ponían de manifiesto la convergencia sobre el punto de vista racionalista y práctico-utilitarista, al mismo tiempo que la opción por un camino inverso a la herencia escolástica basada en Aristóteles. Esto sigue colocando en evidencia lo que antes referí, es decir las varias formas de ser creyentes.

En el fondo, el discurso ateo, sin referirme ahora al de la exposición de Lozada, sino a las movilizaciones públicas a favor del ateísmo, que tienen lugar en Europa, y de las que no fui testigo presencial, pareciera tener su motor en la indignación, y buscar su forma en la razón científica. Indignación, porque en los dogmas religiosos también encuentran sentido, propósito y legitimidad, otros dispositivos sociales, que son los marcos de exclusión, las técnicas de manipulación y los sistemas autoritarios. Y también lo encuentran las mentes criminales. Así, es finalmente en la política donde se localizan las consecuencias negativas más importantes de las religiones. Pero el ateísmo adoptado por algunos Estados no produjo líderes más misericordiosos, y esto está claramente reconocido en el texto de Lozada que se refiere en particular al ateísmo humanista.

Creo que la solución del problema –una solución parcial, difícil y básicamente occidental– podría encontrarse en la más separación lo más radical que sea posible, entre las esferas del Estado y la religión, junto con la afirmación jurídica de la igualdad entre las religiones y la libertad de conciencia. Esta última debería proteger a todas las personas, incluyendo las que sostienen creencias religiosas supuestamente conservadoras en materias como la forma de la familia o la educación sexual.

En la Argentina, mientras tanto, la fe religiosa goza de buena salud, y no produce los principales desastres de la sociedad. Las misas católicas y los cultos pentecostales están llenos. También los actos en los santuarios católicos y para-católicos, como es el caso del Gauchito Gil. La fe transita por cauces que no son nuevos si tomamos en cuenta que sigue existiendo una situación de privilegio estatal para la Iglesia Católica Apostólica Romana y la única iglesia que puede acompañar el poder político o desafiar el poder político al menos desde un discurso en el plano ético, es la Católica, por las características de su teología pública y la preparación intelectual de algunos de sus componentes, aunque debemos notar que los caudales relativos de público, sin dudas, fueron cambiando.